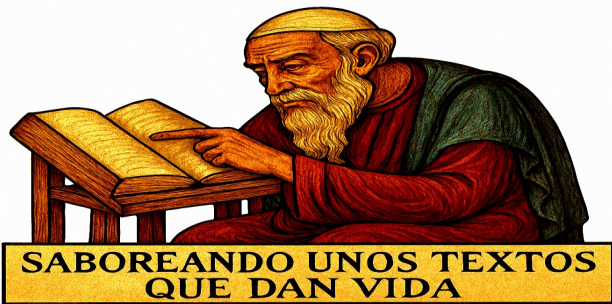




El Jordán guarda un silencio expectante. El agua recibe hoy al Eterno: Aquel por quien todo fue hecho se acerca humildemente, no para ser purificado, sino para purificar. El que no conoció pecado se pone en la fila de los pecadores. Aquí comienza el misterio: Dios desciende.

1. El Siervo que no grita

Isaías había anunciado un Mesías que no impondría su voz, sino que sanará con mansedumbre: *«No gritará, no clamará...»*. Jesús entra en el Jordán como siervo, no como juez; como hermano, no como dominador. Su poder es el amor que se abaja. La liturgia oriental canta y celebra: *«El Señor se manifestó en la humildad, para que la creación reconociera al Rey que viene sin ruido»*. La mansedumbre del Siervo es ya un signo del Reino que no se impone, sino que se ofrece.

2. “Conviene que cumplamos toda justicia”

Juan se resiste, pero Jesús responde: conviene. Conviene que la justicia divina se revele como obediencia amorosa. San Ireneo afirma que Cristo recapitula nuestra historia para devolverla al Padre. Al entrar en el agua, Jesús carga con nuestras heridas para curarlas, y con nuestras noches para llenarlas de luz. El Jordán anticipa el Calvario, y el Calvario es la puerta de la resurrección: aquí comienza la

sanación humana. La tradición bizantina proclama: *«Hoy las aguas del Jordán se convierten en medicina del mundo»*. La justicia que Cristo cumple no es legalismo, sino curación: el Reino empieza donde el hombre es restaurado.



3. El cielo se abre

«Apenas bautizado, se abrieron los cielos». Lo que estaba cerrado por el pecado se abre por la obediencia del Hijo. San Juan Crisóstomo dice: *«No fue Cristo quien necesitó del cielo abierto, sino nosotros»*, porque el Bautismo del Señor es epifanía trinitaria, que es el centro de la fe cristiana.

- El Hijo en el agua.
- El Espíritu que desciende.
- El Padre que proclama su complacencia. Y la liturgia oriental añade: *«Hoy la Trinidad se ha revelado al mundo, y la luz del Reino ha brillado sobre la tierra»*. En Cristo, también para nosotros se abre el cielo: estamos llamados a vivir ya en la luz del Reino venidero.

4. “Este es mi Hijo amado”

La voz del Padre revela la identidad del Hijo antes de cualquier obra o milagro. San Agustín recuerda que Cristo no fue bautizado para ser santificado, sino para santificar las aguas. En Él, también nosotros escuchamos una palabra que nos define: hijos, no siervos temerosos. Ser hijos, por tanto, es entrar en esa adoración, participar ya de la vida de la gloria de los cielos.

5. Bautizados para ser luz

El Siervo es enviado a liberar, sanar y abrir los ojos. Cuando Jesús abre los ojos, significa que nace un camino nuevo. En el Bautismo, el cristiano pasa de la oscuridad a la luz; esto es:

- 1º Dejar que Cristo ilumine nuestras zonas oscuras.
- 2º Aprender a ver a los demás con misericordia.
- 3º Reconocer su presencia en lo humilde y cotidiano.

- 4º Pasar de la indiferencia a la reverencia.

El Bautismo no es un recuerdo, sino el inicio de una misión: vivir como hijos envueltos en la luz de las obras buenas. El oriente celebra esta sanación interior diciendo: *«Los bautizados se revisten de luz, anticipo de la felicidad futura»*. Ser bautizados es comenzar a vivir la vida del Reino aquí y ahora.

Conclusión contemplativa

Cristo entra en el Jordán y el Jordán ya no es el mismo. Cristo entra en nuestra vida y nada debería permanecer igual. Dios no salva desde lejos: salva sumergiéndose, salva amando, salva haciéndonos hijos. La Teofanía proclama: *«Hoy la luz del Reino ha brillado sobre el mundo»*. El Bautismo del Señor es promesa y anticipo del Reino del cielo, que ya comienza en el corazón del creyente. Y, en el silencio del alma, resuena la misma voz que sonó sobre el Jordán: *«Tú eres mi hijo amado»*.



ORANDO CON LOS SALMOS



Hay una voz que no nace del ruido, una voz que no se impone por la fuerza, una voz que crea, consagra y envía. El salmo nos invita: «*Hijos de Dios, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor*» (Sal 29,1). Antes de mirar el agua, el salmista eleva la mirada al cielo. Toda revelación comienza en la adoración.

1. La voz sobre las aguas

«*La voz del Señor sobre las aguas*» resuena hoy en el Jordán. Como en la creación, el Espíritu vuelve a descender sobre las aguas torrenciales. San Basilio recuerda que el agua, tocada por el Espíritu, se convierte en fuente de santificación. El Bautismo de Jesús consagra las aguas del mundo, para engendrar hijos de Dios. Vienen a ser como un seno materno del que brota la vida.

2. Una voz poderosa y suave

El salmo proclama: «*La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica*» (Sal 29,4). No es una fuerza que destruye, sino que recrea por amor. En el Jordán no hay truenos ni fuego, sino una paloma. Así se cumple lo que Isaías había anunciado: el Siervo no grita ni alza la voz. San Juan Crisóstomo contempla este contraste: «*El Padre habla desde el cielo, el Hijo se humilla en el agua, el Espíritu descende con mansedumbre*» (Homilía sobre el Bautismo de Cristo).

3. El Señor sobre las aguas torrenciales

Dios reina incluso sobre el caos. Cristo entra en nuestras aguas turbulentas —pecado, violencia, miedo, muerte— para gobernarlas desde dentro. Nada queda fuera de su señorío; incluso lo que parece desorden es atravesado por su presencia y pacificado.

4. Del agua nace la paz

«*El Señor bendice a su pueblo con la paz*». De las aguas bendecidas nace un pueblo reconciliado. Lo visible en Cristo pasa a los sacramentos: la voz que habló sobre Él sigue pronunciando nuestro nombre y recreándonos en la gracia.

5. Escuchar la voz

El salmo no solo describe la voz: nos enseña a escucharla. En un mundo ruidoso, el Bautismo nos devuelve al silencio donde Dios nos llama hijos. Quien vive bajo esa voz no camina solo.

Conclusión contemplativa

La voz del Señor sigue resonando sobre las aguas: no como recuerdo, sino como presencia viva. Cada vez que recordamos nuestro Bautismo, el cielo se abre. Cada vez que adoramos, la voz nos devuelve la paz. Vivir bajo esa voz —dejarnos nombrar, amar y enviar— es la escuela del Evangelio, porque «*el Señor bendice a su pueblo con la paz*».



EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL DE OVIEDO



“HE AQUÍ MI SIERVO, EN QUIEN ME COMPLAZCO”

